

con diferentes sentidos, según los escritos en los que aparece, que van de la seguridad y la falsa modestia hasta un tono atemorizado en la *Respuesta*. Algo muy interesante es la relación que establece —en forma de preguntas retóricas— entre el vocablo nombrado y “la colonización que se ejerce sobre los textos de los latinoamericanos, o de los escritores e intelectuales del Tercer Mundo”.

Otra investigadora mexicana, Margarita Peña, hace un recuento de la poesía épica colonial que incluye también el siglo XVIII, con lo cual aporta nuevos títulos al ya clásico libro de Frank Pierce, que sólo abarcaba los siglos XVI y XVII. Además de proporcionar una mínima biografía sobre los autores, documenta y analiza brevemente una veintena de poemas que van desde las hazañas de los conquistadores de las regiones australes o de las islas del Caribe, hasta los panegíricos a los héroes a lo divino, como San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier o San Nepomuceno. Sin embargo, en esta meritoria recopilación de Peña se echa de menos un título que sí consigna abundantemente Pierce y el *El Bernardo o La victoria de Roncesvalles* de Balbuena. En dos ocasiones alude a este autor por comparación con otros, pero no le concede un mínimo espacio a la descripción y análisis de algunos aspectos de este poema —como lo hace incluso con una obra que trata de la conquista de Antequera— que fue escrito en América y en el que abundan en forma de profecías las alusiones al Nuevo Mundo, a la conquista y colonización, además de dedicar dos cantos a un viaje por América y más concretamente por México.

Otros cuatro ensayos de *Historia y ficción*, muy diferentes a los de Glantz y Peña, hablan de los modos de representación del indígena americano y de su hábitat. América, espacio mítico representado en los primeros mapas del siglo XVI, con nombres como “tierra de gigantes”, se vuelve el lugar en que se buscan grandes riquezas y sueños utópicos, como lo demuestra la bibliografía existente sobre los mitos de la conquista. Uno de ellos, amenamente analizado por Francisco Javier Cevallos en su estudio de la relación del dominico fray Gaspar de Carvajal acerca del río que descubrió Orellana, conduce al lector por un alucinante viaje por las zonas tórridas del país de las Amazonas, en el que el mito europeo se impone a la realidad americana y termina por redefinirla y bautizarla.

De la selva nos trasladamos a las costas del Pacífico norte y de los mitos de las novelas de caballería y leyendas medievales llegamos a los motivos de la tradición literaria de la mano de Catherine Poupény. Siguiendo los planteamientos de Todorov sobre la alteridad, presenta algunos textos de expediciones científicas del siglo XVIII, en los que se da un informe sobre el espacio y sus habitantes, a través de las evocaciones del *locus amoenus* o del *beatus ille* y la idealización del indígena, con rasgos de la tradición pastoril, en cuya sociedad imperaba la Edad de Oro.

¿Beatificación o diabolización? El indio americano ha sido objeto de representación en estas dos vertientes; no sólo se añoró América como

La edición incluye como apéndice la *Relación a Fernando de Antequera*. Quizá la inclusión, después de éste, del tercer apéndice de su artículo de 1983<sup>29</sup> sobre la narración del paso de San Vicente por la corte en la *Crónica de Juan II*, completara la visión panorámica para aquellos interesados por el aspecto histórico del asunto. Se cierra la presente edición con una reunión de las fuentes vicentinas citadas, una extensa bibliografía y dos índices, uno bíblico y otro onomástico y geográfico; y termina, como había empezado, a la manera del género que describe: equilibrada, erudita, completa y acertadamente, con lo que alcanza la meta definida como suya al empezar, esto es, dar en 713 páginas un compendio crítico de la estancia por las tierras de Castilla de San Vicente Ferrer. San Agustín dijo acerca del sermón en su *De doctrina christiana*: “Dixit enim quidam eloquens, et verum dixit, ita dicere debere eloquentem, ut doceat, ut delectet, ut flectat. Deinde addidit: *docere necessatis est, delectare suavitatis, flectere victoriae*”<sup>30</sup>; acaso también se pueda hablar, en el caso de una edición que llevada a cabo con maestría cumple su propósito, de *victoria* en el sentido homilético.

LAURETTE GODINAS  
Université de Liège

YSLA CAMPBELL (coord.), *Historia y ficción: crónicas de América*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 1992; 277 pp.

Colección variada de ensayos que tocan los más diversos temas de investigación en literatura e historiografía colonial, *Historia y ficción: crónicas de América*, es una recopilación de Ysla Campbell publicada con motivo de la conmemoración del Quinto Centenario del encuentro de dos mundos. Esta serie de artículos retoma viejas polémicas como la invención y la imagen de América, la licitud de la conquista o la leyenda negra a partir de los escritos de Las Casas y aporta nuevas reflexiones sobre autores ya consagrados. En este sentido, el artículo de Margo Glantz desarrolla una inteligente propuesta sobre las palabras *borrón* y *borrador* en la obra de Bernal y de Sor Juana. Para el primero, *borrón*, en la crónica de Gómara, es sinónimo de error y oscuridad y contrasta con la claridad que emana de sus propios escritos, por haber sido testigo de vista. Gómara es el autor que emborriona las hazañas de los conquistadores hasta hacerlas irreconocibles en la metrópoli. En la obra de Sor Juana, *borrar* también es un vocablo bastante usado, a juzgar por las citas que aduce Glantz. Se refiere, por supuesto, al proceso de escritura, aunque

<sup>29</sup> CÁTEDRA, art. cit., pp. 305-309; se mencionan dichos textos en la introducción de la presente edición, pero se citan siempre fragmentos.

<sup>30</sup> IV, XII, 27; cito por la edición del *Corpus Christianorum*.

la Edad de Oro perdida, también se la consideró sede del imperio del demonio, como se plantea en el ensayo de Guy Rozat Dupeyron, que revisa los escritos de dos evangelizadores: Motolinía y Pérez de Ribas. A través de testimonios de los nuevos acogidos a la fe, Dupeyron narra las visiones, los exorcismos, las resurrecciones y muestra los espacios donde luchaban los soldados de Cristo: el desierto, morada del demonio y las tierras lejanas del norte de México, escenarios ideales para que se den todo tipo de prodigios. Rozat Dupeyron llega a la conclusión de que en esta época evangelizadora (siglos XVI y XVII) el discurso de la alteridad es un espejo de occidente en el que se van imponiendo los ropajes de la colonización y la cristianización.

En el norte de la Nueva España, los descubridores, no menos que los santos varones, también se enfrentaban a una naturaleza hostil, inhóspita, con árboles pozoñosos donde reinaba lo oscuro y donde los fenómenos naturales arredraban a los expedicionarios, de tal manera que sus viajes, llenos de obstáculos, parecían viajes al otro mundo. El espacio de la conquista estaba ficcionalizado y asociado al demonio, pero también la presencia de Dios y su amparo permitían milagros como las resurrecciones que hizo Cabeza de Vaca, por tanto los viajes adquirirían un sentido providencial. Este es el caso de la crónica de Baltasar de Obregón, estudiada y comparada por Ysla Campbell con los cuentos maravillosos, comentados por Propp.

Los restantes ensayos podrían agruparse bajo el rubro de Humanismo y Utopía en América: el de González-Casanovas trata del humanismo historicista del Inca Garcilaso y de cómo la historia de sus *Comentarios reales* se fue convirtiendo en utopía, que es una suerte de nostalgia por la época gloriosa de sus antepasados, en los que se proyectaban “los valores racionales del humanismo europeo”. Pedro Ruiz Pérez analiza la producción del humanista cordobés, Fernán Pérez de Oliva, para quien la realidad americana era un realidad literaria, un espacio en el que era posible reelaborar modelos narrativos anteriores, en la perspectiva de la renovación humanística de géneros y formas.

Los “neófitos mentirosos”, las “hembras voraces” y el “buen salvaje” son algunas de las ficciones que José Rabasa analiza en las descripciones del Nuevo Mundo según los textos de Sahagún, Oviedo y Las Casas, respectivamente, y demuestra su humanismo basándose en sus *Historias*: la *Historia* de Sahagún registró la cultura nahua como un compendio enciclopédico más que como una antología de textos, en los que el latín ya no era un metalenguaje sino un instrumento para definir otra cultura. Sahagún reconstruyó la lengua náhuatl gracias a la recuperación de la cultura clásica grecolatina y más concretamente al modelo de la gramática latina. También la *Historia general* de Oviedo es más que una mera colección de relaciones, “es una empresa imperial colectiva donde hace observaciones, comentarios, correcciones y recomendaciones sobre asuntos relativos a la administración de las colonias”. En la *apologética*, Ra-

basa precisa las funciones utópicas del *buen salvaje* y del *jardín natural* y califica el discurso de Las Casas de “postmoderno y postcolonial *avant la lettre*”.

El controvertido Fernández de Oviedo, blanco de los ataques lascaianos, no podía faltar en esta conmemoración del Quinto centenario. Karl Kohut dedica un espacio bastante considerable a sus labores de historiador y literato, a su formación humanista, más que medieval, a su tarea de evangelizador, a sus proyectos para enmendar los abusos de las encomiendas y a su esperanza en los niños del nuevo continente. Kohut trata de limpiar la imagen de Oviedo de propagador del imperialismo, porque él también, antes que Las Casas, constató la destrucción de las Indias y criticó los hechos de la Conquista.

Una recopilación de la naturaleza de *Historia y ficción* ayuda a comprender de manera más completa la complejidad del encuentro entre dos mundos, aunque la bibliografía existente es ya copiosa. Este libro conmemorativo, no obstante, adolece de un prólogo que explique al lector las líneas de investigación que se han seguido; de qué partió la antologadora o coordinadora y las fichas bibliográficas de los autores, carencias que se lamentan en *Historia y ficción: crónicas de América*, un trabajo que intenta contribuir a los estudios sobre la conquista, la evangelización y la colonia en América.

MARÍA JOSÉ RODILLA

Universidad Autónoma Metropolitana

JAMES MANDRELL, *Don Juan and the point of honor: Seduction, patriarchal society, and literary tradition*. Pennsylvania State University Press, University Park, PA, 1992; 310 pp.

En este libro, James Mandrell propone un análisis multidisciplinario de la figura del don Juan y su significado o impacto en la tradición cultural de Occidente. Amplía su crítica de textos literarios al integrar textos críticos y teóricos acerca del tema, así como textos de antropología, psicología y de crítica social y cultural. Al estudiar un personaje tan mítico y legendario como literario, Mandrell reconoce que una de las principales dificultades es la gran cantidad de obras importantes que matizan de manera diversa a dicha figura. Se limita, entonces, a analizar los textos canónicos de la literatura española para demostrar la intertextualidad y la renovación manifiestas en apropiaciones textuales. Para su estudio, Mandrell se basa en *El burlador de Sevilla* de Tirso de Molina (ca. 1630), *Don Juan Tenorio* de Zorrilla (1844), *El nuevo don Juan* de López de Ayala (1863), *La Regenta* de Clarín (1884-85), *Dulce y sabrosa* de Picón (1891) y *Don Juan* (1922) y *Doña Inés* (1925) de Azorín. Por medio de un fino